

HOJA DE CALENDARIO

SABADO

22

JULIO

Santa María Magdalena

Después de una vida licenciosa en extremo, oye María la voz del Salvador, y arrepentida de sus muchos pecados, pide humildemente perdón de sus culpas. El Salvador se lo concede, y ya desde aquel instante sigue a todas partes al Redentor hasta verle expirar en la cruz. Al resucitar Cristo, a Magdalena es a quien primero se aparece, premiando así el amor que la Santa le profesó. Los judíos no pudiendo soportar la presencia de los amigos de Cristo, y testigos de su muerte y Resurrección, pusieron a María con hermana Marta, su hermano Lázaro, San Maximino y otros fieles, en un buque sin vela ni timón, que Dios hizo ir gar sin novedad a Marsella. Ya en tierra, María Magdalena se retiró a una gruta, permaneciendo en ella treinta años, muriendo extenuada de penitencia.

IRONÍAS

Los huesos de Waterloo

Cojo un libro reciente y en un estudio de carácter económico leo que la industria inglesa de los abonos artificiales, después de haberse dedicado a la compra de toda suerte de despojos animales en Europa, desenterró, para convertirlos en fosfatos, los inmensos osarios del campo de batalla de Waterloo.

Hace dos años hubiéramos leído este dato seguramente con un sí no es de indiferencia; quizá hubiéramos deslizado la vista por encima y hubiéramos pasado de largo. Hoy nos ha causado una impresión muy honda. ¿Cómo? Los brillantes húsares de Wellington, los legendarios granaderos de Cambrone, los tenaces y admirables infantes de Blucher, caídos en Waterloo, acabaron así, convertidos en fosfato, encerrados en sacos y enviados a todas las partes del mundo para abono de patatas, lentejas y hortalizas? ¡Oh ironía de la suerte, oh, profunda lección de la historia! ¿Qué se hará mañana con los huesos de los héroes (franceses, ingleses alemanes) que caen todos los días en ese frente de batalla que pasa por tierras de Francia y Bélgica, desde Suiza al mar del Norte, en hecatombes mucho más terribles que aquella de Waterloo? ¿Qué diablos de cosas imaginarán los hombres para que ni aun los huesos de los héroes descansen en paz? ¿Qué triste destino es el de los héroes que aun hasta después de muertos han de ser sacrificados a la codicia, al lucro o al alimento de los que no son héroes? Víctimas en vida de la política o del amor a la patria están condenados a ser también víctimas del mercantilismo después de muertos?

Yo no sé qué cara pondrían ni qué harían de sus fusiles los soldados a quienes al partir al frente de batalla les dirigiera un jefe una alocución que finalizara así: «Venceremos, no lo dudéis, mas los que caigan frente al enemigo tendrán un lugar escogido en el corazón de la patria. La patria no los olvidará jamás y sabed que cuando vuestros huesos queden descarnados, se os desenterrará y se os con-

vertirá en botones para bien de la industria de la mercería, o en fosfatos para que se hagan más gordas las patatas que se coman los que vendrán después, o en cualquiera otra substancia que las diabluras de la química aplicada a la industria vaya inventando».

No, realmente no hay derecho a esas cosas. Pase que se haya hecho una vez lo que se hizo en Waterloo; pero hay algo en la dignidad humana que se rebela contra esa especie, que para honra de la humanidad quiséramos ver desmentida. Pase que algún sabio o algún estrambótico filántropo haya legado su cadáver a la clínica tal o cual. A la postre no es lo mismo acabar descuartizado en una sala de disección que convertido en abono químico o en una gruesa de botones. Pero que después de haber dado la vida por la patria y por el bienestar, la gloria y la riqueza de los demás ciudadanos se pueda disponer así hasta de los huesos de los soldados, eso no debe volver a verlo el mundo si resta una chispa de dignidad en los que quedan.

Esos campos de batalla deben ser sagrados para todos y aun el nobilísimo arado, de biera respetarlos. No vayamos ahora a discutir si dieron la vida por una ambición, por una mala política, por un odio o por una idea falsa. Los que han caído en el combate, sean los que fueren, han caído gloriosamente, por espíritu de sacrificio, por el honor y la vida de su patria. Más o menos intrépidos, más o menos afortunados, han combatido, han afrontado la muerte, han vertido la sangre, y por esto solamente se han levantado muchos codos por encima del común de los hombres, muy por encima de los que se han quedado en casa por una u otra circunstancia, y no sería justo que éstos, quizás después de haberse dedicado a traficar con los huesos de los héroes, después de muertos en su propio lecho, bien asistidos y confortados, esperaran en el campo santo, en santo reposo, la resurrección de la carne, mientras los guerreros ni aun después de muertos pudieran descansar en paz.

Para el utilitarismo debe haber frenos y leyes y altos respetos y es cosa de irle a la mano de cuando en cuando. Yo sé que a la postre, convertidos o no químicamente en fosfato, los huesos de Waterloo, como los huesos de Rocroi, San Quintín, Verdun, etc., habrán de acabar en abono de las tierras que los envolvían; pero una cosa es que acaben así, naturalmente, y al cabo de siglos de consumirse, y otra cosa es que se lucren con ellos unos cuantos negociantes. A lo cual contestarán algunos que no se debe ser tan escrupuloso con los huesos cuando tan poco mirado se es con la sangre y con la carne. Pero esto es un puro sofisma, pues con que el respeto alcance a los huesos algo es algo.

Finalmente, que sólo Dios sabe a qué nos destina el destino, combinado con los adelantos de la química aplicada a la agricultura, sólo El sabe lo que inventarán los hombres para sacarle al prójimo o a lo que quede del prójimo todo el jugo posible. Yo, que siento cierta tristeza al considerar la frialdad y la soledad en que se quedan los muertos en las inmensas necrópolis de las grandes urbes y quisiera que si llego a morir lejos de él me enterraran los míos en el chico humilde camposanto de mi pueblo, donde alguien se acordaría de mí al leer la lápida que acaso pongan en mi sepultura, no sé qué profunda emoción he experimentado al leer esa historia que parece fábula, de los huesos de Waterloo.

Hay algo muy profundo en nosotros que se resiste a la idea de la muerte y la consunción definitiva aun de nuestro cuerpo (no hablemos ya del alma, que es inmortal) y precisamente el símbolo de ello, que son nuestros huesos (yo he ayudado a remover huesos del siglo V, en Menorca, que eran todavía huesos) se

extremecen, más que de otra cosa, de indignación, ante la idea de que alguna vez alguien los manipulara sin el debido respeto, para lucro propio o lucro ajeno.

Yo me atrevo a esperar que las generaciones venideras tendrán más respeto para los huesos de los héroes de esta homérica lucha, que la que nuestra generación tuvo para los de Waterloo. No porque la ocasión sea más alta, que alta fué también aquella, sino porque esta guerra tan terrible ha de elevar las almas y renovar muchas cosas.

Si no fuera así no valdría la pena de haber vivido horas tan trágicas.

ANGEL RUIZ Y PABLO

LA SITUACIÓN DIPLOMÁTICA

Norteamérica y los aliados

Nota enérgica

Los Estados Unidos, a pesar del sentir de sus gobernantes, favorable a los aliados, han dirigido días pasados una nota enérgica a las potencias del *entendido*, protestando a la violación y detención de la correspondencia.

La protesta pasa desapercibida para la generalidad: como es desfavorable para los aliados, sobre ella no se hace ambiente, ni se comenta y se vocifera, como se hacía cuando los yanquis cominaban a Alemania a que abandonara la guerra submarina, cuando nos decían tantísimas veces que los Estados Unidos intervendrían en la contienda. Sobre la nota yanqui que nos ocupa, a los aliados, se hace poco menos que el vacío. Algún que otro periódico inglés o francés ha sido lo suficientemente explícito y ha confesado la gravedad que aquella entraña. La nota concluye así: «Solamente un cambio radical en la actual manera de obrar de Inglaterra y Francia, devolviendo a los Estados Unidos sus plenos derechos, como potencia neutral, podrá satisfacer a este Gobierno.»

«El Economista», de Londres, dice que la nota es fuerte, declarando que los derechos de los neutrales son tan sagrados como los derechos de los beligerantes, y tienen que ser observados estrictamente.

El mismo periódico expone otro aspecto de la cuestión de la captura de la correspondencia neutral y de la contestación que se haya de dar a Norteamérica, o mejor, de la solución que se haya de dar al asunto.

Si los aliados afirman hoy (contra todo derecho) el de violar y detener la correspondencia neutral, y lo establecen como principio, el día de mañana se puede volver contra ellos mismos, a menos que una nueva inconsecuencia y trasgresión de los derechos ajenos creados por ellos ahora, se negaran a reconocer lo que hoy reclaman y practican.

«Suponiendo—dice «The Economist»—que hubiese una guerra entre España y Suecia, y uno de los beligerantes reivindicase el derecho de interceptar el correo entre París y Londres o Londres y Nueva York, y de abrir todas las cartas particulares, ¿qué sucedería en este caso? Pues muy sencillo: Conocidos los procedimientos ingleses, que no se interceptaría la correspondencia.

Naturalmente que no abogamos por que se establezca el *derecho* de violar la correspondencia neutral, pero las razones del periódico inglés son la ejecutoria de las arbitrariedades que están cometiendo los aliados por la sola razón de ser fuertes, que tanto critican como fuente de derecho.

Alabamos la energía de los yanquis al protestar, siquiera no sea la protesta más que una advertencia a los aliados de que aún están separados de los yanquis por gran tre-

cho; pero rechazamos el fondo egoísta de la nota, descontado, desde luego. El mismo final transcrito es una prueba de lo que decimos.

Si los aliados dieran seguridades a los yanquis y respetaran su correspondencia, entonces el pleito estaba terminado. No queremos que los Estados Unidos se conviertan en protectores de los demás, ni que defiendan los derechos de los extraños; pero ya que no intentan, si se les debería consentir, que su tan cacareado «humanitarismo» se ejercitara, defendiendo a otros pueblos, si debían haber intentado, desde hace tiempo, algo que, sin herir la susceptibilidad ni los derechos de los más débiles, hubiese conducido a una acción común que hubiese impuesto a unos y a otros beligerantes el respeto al derecho de gentes.

Por ser los más fuertes, virtualmente, y por sus condiciones económicas, y hasta geográficas de los yanquis debió partir, y ellos han debido realizar la «Liga de los neutrales», para no ser atropellados. Para sostener sus acuerdos, existen medios no bélicos, pero enormemente coercitivos, la negativa a comerciar con los infractores, por ejemplo.

Pero prefieren ventilar aisladamente el pleito, en la esperanza de conseguir más fáciles resultados que si su acción tuviese por objeto la defensa de los derechos de los demás, con el apoyo de los restantes pueblos interesados.

Conste que, egoistas o no, los Estados Unidos han protestado con gran fuerza de la inalicable conducta de los aliados, violadores de la correspondencia de los neutrales.

La protesta tal vez no se deba a un mejoramiento de las relaciones germano-yanquis, ni influya en las mismas; pero que ella y la llegada de un submarino alemán a Yanquilandia preocupan mucho a los aliados, está fuera de toda duda.

C. JROM.

Como se cazan submarinos

El Almirantazgo inglés ha ordenado colocar en aguas donde los submarinos alemanes acostumbraban a esperar su presa unas redes especiales para darle caza.

El tejido de estas redes es muy parecido al de los petos usados en la esgrima, si bien la malla es mucho más tosca.

Valiéndose de bloques de madera, mantienen estas redes sumergidas a la profundidad en que los submarinos suelen moverse, y cuando uno de estos sumergibles tropieza con ella se enredan entre sus mallas las aletas y la hélice, obligándolos a salir a la superficie.

Estas redes están en comunicación eléctrica con las estaciones navales más inmediatas, con lo que tan pronto como un submarino cae en ellas se enciende una señal luminosa, que sirve de aviso a los barcos de guerra, que proceden a su captura.

Portugal compra submarinos

Se ha publicado en Lisboa el siguiente decreto:

«Considerando que con la reciente adquisición de tres sumergibles tipo «Espadarte» perfeccionado entrará dentro de poco en servicio la primera escuadra de submarinos, y que los seguirán otros tipos, el Gobierno de la república ha resuelto que, por el Ministerio de Marina, sea adoptada la siguiente clasificación de sumergibles:

Tipo 1, sumergibles de costa de tonelaje de 250 a 370. Tipo 2, sumergibles de costa de 400 a 600 toneladas. Tipo 3, sumergibles de escuadra de 900 a 1.200 toneladas.»

En el mismo decreto se hace la distribución del personal para los submarinos.

TEATRO DE VERANO

SITUADO EN LA CARRETERA DE SAN LUIS

PRONTO, MUY PRONTO,

HERMANAS COMEZ

Atracción predilecta del público mahonés

CINE CONSEY

Sábado día 22 de Julio de 1916

Estreno, estreno, estreno, de la colosal e interesantísima película

L.A.C.H.I.S.P.A

por la genial artista

Tina di Lorenzo

Estreno de la cinta en dos partes

DUELO DE UN LOCO